

"Obra Gruesa", por Nicanor Parra.  
Editorial Universitaria. 252 páginas.

**C**UANTO MAS CERCA se mira una palabra, tanto más lejos la palabra mira", expresó alguna vez un escritor alemán. ¡Cómo miran las palabras de Nicanor Parra! Cuesta mucho no pestañear ante ellas. Hay que ir tanteándolas, como si se tratase del borde de

Parra

# Un poeta con lógica propia



Hans Ehmman

NICANOR PARRA  
*Hay que gritar: ¡fuera las máscaras!*

un precipicio; hay que mirarlas por debajo y dudar del signo que portan. Aun más, hay que elevarlas, cada cierto tiempo, a potencia, para entender finalmente que ese mundo donde lo grotesco campea por sus fueros es presidido por la única sonriente, la que permanece en pie cuando todo tiembla: la muerte.

Desde luego, la obra de Parra ha ido surgiendo contra la corriente. Cuando la feria estaba en un sitio, el poeta levantaba su casa en otro. No le vengan con lo de la medida poética universal, ni lo derecho ni lo izquierdo; está lejos del Archivo de Pesos y Medidas. Las palabras habían perdido el aire, como un globo Montgolfier; sonaban, chistaban, parpadeaban. Había que inventarlas de nuevo para establecer un acta de

fundación del mundo; pero antes, por cierto, era necesario inventar el mundo: soplar las aguas, mirar los cielos, comer la fruta de marras.

## El fundador

Los mitos se habían llenado de orín y moho. En todos los sitios, al pasar, uno hallaba los restos de un imperio, asentado en un mundo que ya se tornaba provisorio a fuerza de vivirlo. El mundo tradicional, la pregunta por la existencia, el pánico, las materias mágicas, la lucha entre opciones y derrotas constituyen un acervo memorable. Parra, repentinamente, pregunta cómo son las cosas. Le meza la barba al viejo Whitman, se ríe de Lorca, lapida a Eliot. Hace descender a los dioses del Olimpo, y da

a entender que la primera misión del poeta consiste en gritar, ¡fuera las máscaras!

*Obra gruesa* es eso, básicamente. Una fundación y, además, una invitación a desmascarnos. Y las máscaras son de todas las clases: abstracciones o realidades. El poeta a medida que va rompiendo las palabras para ver lo que tenían dentro, las va reemplazando. Una sucesión por causa de muerte propone, siempre contradictoriamente, una ruptura grotesca de las situaciones. La lógica de la evidencia o de la certeza, que presidía el mundo, es reemplazada por la lógica de lo arbitrario.

¿Y cómo resulta? De un cambio de signo. Ponga una cruz donde había una raya. Invierta el cuadro. Detenga la proyección. Cambie la velocidad del tocadiscos.

Los materiales del primer día de la creación parriana (y hubo muchos objetos que vinieron de los días anteriores: los del caos) surgieron del psicoanálisis. Nada de las teorías, ni de la vía operativa. El sillón, señor mío, el sillón. Aprisiona febrilmente los fetiches, los ejemplarios, las historias clínicas; hurga en los bolsillos de los delantales, desconfía abiertamente de las sillas de ruedas y mira con atención, mano en barbilla, al duende maligno que zapatea en el inconsciente, porque al son que le toquen bailará.

Es necesario "mirar a través de las cerraduras./A mirar qué, a mirar muchachas jóvenes que se desvisten". O desconfiar de los objetos: "Adónde vamos a ir a parar todos nosotros/con estos jarrones absurdos, con estas ánforas./Qué vamos a hacer de estos enfermos que se quedan..."

La histeria y la simulación están de fiesta: "Hasta que una noche, mirando por la cerradura,/Me impuse que una de ellas,/¡Mi tía parálitica!./Caminaba perfectamente sobre la punta de sus piernas..."

## Viendo estrellas

El mundo clínico, *mad, mad, mad* (la repetición es sospechosa en espa-

ñol), surge de un choque dialéctico en el que es necesario ver estrellas. Por un lado, el procedimiento humorístico de la era del cine mudo (desde tortas en la cara a ojos abiertos, música galopante, barbas más falsas que no habiendo, charcos, balanceos, bañeras, vidrieras), cuyo resultado se puede inferir antes de pagar la entrada, puesto en la órbita grotesca del historial freudiano, para prestigiar metafísicamente lo cómico por la vía del dolor, hasta que todo se hace espantosamente claro:

*"El Occidente es una gran pirámide. Que termina y empieza en un psiquiatra: La Pirámide está por derrumbarse".*

Tiene razón Hug Friedrich cuando opina que lo ridículo y lo absurdo tienen igual importancia que el mundo de los héroes. Ya lo sagrado se ha vuelto neosagrado, extendiendo el campo de significación. Sonreír ante la poesía de Parra es como hacer burla de los palillos chinos.

*Obra gruesa* se propone otro objetivo inusual: formar de nuevo, o reformar, todas las categorías. Hacer sustancial lo que era mirado como accidente, y, paulatinamente, ir atando las colas de todos los accidentes del planeta hasta cargarlos de absoluto y darles textura. Es la de Parra, quieranlo o no, una gran poesía del accidente.

## El mundo del erizo

En el mundo del erizo de mar, ha anotado alguien, encontramos sólo cosas de erizo de mar. En el mundo de Parra todo se vuelve parriano. Las operaciones fundamentales se dan vuelta como un guante, es útil reírse de los muertos; hay que quitar al verso de 11 sílabas su prestigio secular, amatorio, religioso o metafísico, para cargarlo de entonación nueva, mediante un simple pisotón en el pedal grotesco de la sordina. La búsqueda de las nuevas trascendencias constituye una misión oficial de Nicanor Parra. Cuando, deliberadamente, introdujo los "poemas" junto a los "antipoemas", el poeta —con la cabeza bien fría— mostró por primera vez el descarte del juego.

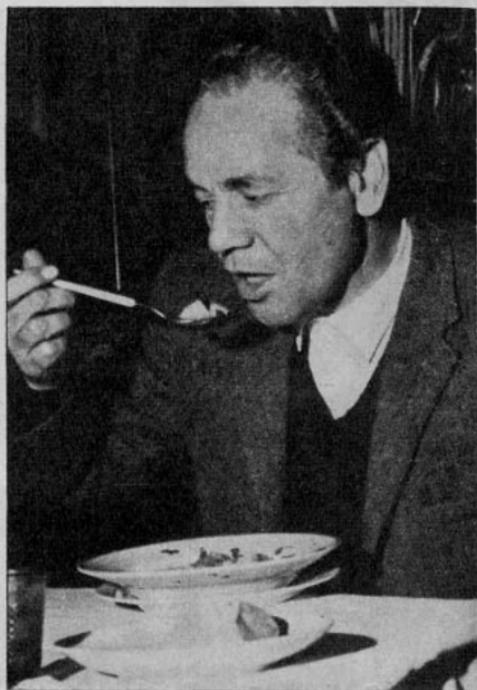
Sin teoría expresa, con textos poéticos (como *Hay un día feliz* o *Es olvido*), pulverizó la metáfora, aun indivisa, y de sus partículas extrajo una noción ingenua pero honda de sus relaciones con un mundo difunto como forma y contenido. Y se halló listo para suplantar —en los antipoemas— un viejo estado de videnicia por un estado de experimentación, que incluye la pesca milagrosa surgida de la redada a los contenidos de la vida moderna.

Parra es buscador permanente. En *Obra Gruesa*, incluye textos corales,

como el notable *Mil novecientos treinta*; resucita el epigrama, le resta el empaque a lo trágico y a lo solemnemente mediante el uso de las formas coloquiales.

Cuando la poesía, casi siempre, hereda adeptos, salidos de oficinas, aulas, tabernas, figones, campos y mares, Parra necesita invertir el hecho. Cada libro —lo ha confesado— ha constituido batalla fiera "con dientes y muelas". Cuando *Cancionero sin nombre*, los lorquianos ortodoxos vieron un humor peligroso que movía demasiado los olivares y los chopos. Cuando *Poemas y Antipoemas*, los poetas y lectores tradicionales estiraron el cesto de los papeles. Con *Versos de salón* y *La cueca larga*, el ciento uno por ciento dijo "paso".

Ahora, más allá de la monumen-



Hans Ehrmann

CADA NUEVO LIBRO  
Batalla "con dientes y muelas"

tal *Obra Gruesa*, están asomando las narices unos poemas que cambian el signo de lo sentencioso hasta hacerlo todo como un experimento de esencial ventriloquia, o más bien como un camino proposicional, que Ranke señaló en su hora: aquel donde se borra el yo para convertirse en el espejo de las cosas.

Ya el acto de robar o imitar a Parra es como robar la clava de Hércules. Suman y siguen: homenajes, discusiones, injurias; sangran bocas y narices; le sacuden el peral con hartas ganas, pero nada de caer. La manzana newtoniana está flotando arriba. A su lado, descubre sus propias leyes de velocidad esta *Obra Gruesa*, libro capital de nuestro tiempo y de otros.

ALFONSO CALDERON. ■